

esto se parezca; y en el mismo Santo Domingo tenemos personas ilustradas que en ocho años de residencia en la isla, no han oído semejante cuento, y lo que es más — nótese bien — dos generales dominicanos, *durante su mando respectivo*, y antes del año 1875, declararon públicamente que debían pedirse á España las cenizas del insigne Almirante.

¿Qué tradición es esta que se ignora en países cultos, que no la saben las personas ilustradas, y que, en el supuesto de que hubiese existido en algún punto, demuestra una interrupción completa y general?

Confiemos para honra de España que se aclarará este asunto, y que la memoria de Cristóbal Colón saldrá bien librada de esta prueba, como ha salido ya de tantas otras que, en vida, le atribularon, y en muerte esparcen nieblas hasta sobre la santidad del sepulcro.

CAPÍTULO III.

DEL ERROR SISTEMÁTICO Y DEL ERROR TRADICIONAL DE LOS BIÓGRAFOS DE COLÓN.—
DE LA VIDA PRIVADA DEL ALMIRANTE.—SU CIENCIA, SU ESTILO, SU AMOR Á LA NATURALEZA.—LA VIDA PÚBLICA DE COLÓN, MODELO PARA LOS ADMINISTRADORES.—CARÁCTER PROVIDENCIAL DE CRISTÓBAL COLÓN.—SU MISIÓN CRISTIANA, SUS RELACIONES CON LA IGLESIA.—SUS AFINIDADES ESPIRITUALES.—LA LEYENDA DE SAN CRISTÓBAL.—RELACIONES DE COLÓN CON LOS PATRIARCAS, LOS PROFETAS, LOS APÓSTOLES.—PARALELO DE MOISÉS Y COLÓN.—DE LA SANTIDAD DE CRISTÓBAL COLÓN.—TESTIMONIO QUE DA EL ALTÍSIMO DE SU MENSAJERO.—
MILAGROS PÚBLICOS DE UNA CRUZ PLANTADA POR ESE GRAN SIERVO DE DIOS.

§ I.

Sin detenernos en el exámen filosófico de los hechos realizados por Colón, hemos narrado hasta ahora, sencilla y brevemente, los principales acontecimientos de su vida. Demos ahora una mirada sobre el conjunto de estos hechos que hemos tenido que resumir tan brevemente.

En vano intentaríamos aplicar á Cristóbal Colón los recientes principios de la escuela racionalista pura, que formula su teoría en la filosofía de la historia, y encerrar nuestras apreciaciones dentro de las reglas sistemáticas de la biografía moderna que también se inspira en sus influencias.

La vida de Colón es el completo trastorno de esos datos pedantescos, imperiosamente impuestos por la escuela racionalista pura á esos escritores que se consideran filósofos porque son pesados, faltos de ánimo, que proceden siempre por vía de negación, no afirman nunca y que se han entregado á la duda perpétua. La historia real del inventor del Nuevo Mundo no podría empequeñecerse hasta el punto de ser contenida en ese sistema filosófico de biografía, verdadera cama de Procusto, á cuya medida deben reducirse todas las condiciones humanas, aunque sea á costa de las más crueles mutilaciones de la verdad y de la dislocación de los acontecimientos mejor consignados por la historia.

No podemos nosotros admitir la opinión de Navarrete fundada en esta teoría,

quien, al juzgar á Colon, nos dice que «sus defectos fueron el patrimonio de la naturaleza y de la fragilidad humana, y probablemente el resultado de la educacion que recibió, de la carrera que abrazó y del país donde murió, país donde el tráfico y el negocio (1) formaban la principal rama de la riqueza, ya pública, ya particular (2).» Nosotros no podemos aceptar esa transmision de las cualidades ó de los vicios de una nacion á los particulares que la componen; porque entónces cada miembro de la agregacion tendria el mismo carácter y las mismas predisposiciones. La experiencia desmiente esa aseveracion infundada que toma el tono de doctrina ó de axioma. En los actos administrativos de Colon no se trasluce ningun instinto de tráfico, ningun hábito de cambio y de comercio.

Tampoco admitimos la opinion de Washington Irving, formulada segun el mismo sistema (3): «Los hombres distinguidos son un compuesto de virtudes y de debilidad. Su grandeza procede en gran parte de la lucha que sostienen contra las imperfecciones de su naturaleza, y sus más nobles acciones brotan á veces del choque de sus cualidades opuestas (4).»

Siguiendo ese sistema, jamas se podria escribir la vida de un santo, sobre todo si fuera hombre de talento, si pensó y obró en circunstancias críticas y en elevada posicion; porque necesariamente debió tener debilidades y mostrar defectos, porque es absolutamente indispensable que el hombre, por lo mismo que es hombre, nos ofrezca una mezcla de virtudes y debilidades. La escuela de la filosofia de la historia no admite que un hombre sea jamas diferente de los demas, en cuanto al fondo de su carácter igualmente compuesto de virtudes y vicios: únicamente sus cualidades buenas y malas son más pronunciadas unas que otras, segun los rasgos que distinguen su individualidad. Así es que no pudiendo Humboldt explicar humanamente la sublimidad del lenguaje de Colon, en su vision en las costas de Veragua, asombrado de la majestuosa diction del anciano marino, ántes que reconocer la grandeza de su alma cristiana, se atreve á avénturar la rara opinion siguiente: «La elocuencia de las almas incultas arrojadas en medio de una civilizacion ade-

(1) Navarrete supone en Colon el instinto mercantil, aquella sutileza genovesa, de proverbial fama, de que habla Humboldt; pero Colon no comerció jamas, ni especuló, y en ningun acto de su vida descendió hasta la sutileza; porque, en el fondo, la sutileza no es sino la astucia; y ni la astucia ni el disimulo son, hablando en verdad, la armadura de los fuertes: *Armatura fortium*.

(2) Navarrete, *Coleccion de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los Españoles, etc.* — Introduccion, § LVII.

(3) Washington Irving, *Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colon*, tom. IV, cap. v, pág. 41.

(4) ¡O sea, en otros términos, que su molicie crea su energía, su debilidad, su bravura! ¿Cómo puede originarse la virtud, la grandeza, lo sublime del choque de las cualidades opuestas á las nobles acciones que por consiguiente deben producir vicios? Desafiamos á todo hombre viviente que nos explique esto. Considerad á qué grado de absurdo puede llegar este moderno sistema de biografía. Y estas son, sin embargo, las consecuencias de que se pagan los adeptos de la escuela racionalista.

lantada es como la elocuencia de los tiempos primitivos. Cuando se sorprende á hombres superiores y de vigoroso temple de carácter, pero poco familiarizados con las riquezas de un idioma del que se sirven en uno de aquellos arranques apasionados que, por su misma violencia, se oponen al libre trabajo del pensamiento, se les encuentra aquel tinte poético del sentimiento que pertenece á la elocuencia de las primeras edades (1).» De donde se sigue lógicamente que todo hombre de vigoroso temple pero poco familiarizado con el español, habria usado tambien el sublime lenguaje de Colon, en un caso semejante al suyo!

El escrito más reciente publicado en Francia acerca de Cristóbal Colon, contiene la prueba de esta manera sistemática de apreciar los hombres. El sabio director de la Nueva Biografía General, el doctor Hoefer, en una Noticia extensamente desorrollada y notable por su erudicion, dice: «Los grandes talentos, como los demas mortales, se parecen ante todo, al hombre y á su época; los historiadores son quienes, juzgando lo pasado al traves del prisma del presente, nos dan de ellos una idea falsa. Así es como nos representan á Colon en cierto modo inspirado por la gloria de servir á la humanidad; mientras que jamas se le habia ocurrido semejante ambicion, como tampoco á Guttemberg, su contemporáneo, quien, con Schœffer y Fust, vendia por manuscritos los primeros libros impresos.

«Colon, ántes de atravesar el Océano, cuidó en primer lugar de estipular condiciones verdaderamente regias para sí y sus herederos: aquí está el hombre. Deseó despues llevar la fe católica á los antipodas y arrancar el Santo Sepulcro de manos de los infieles: aquí está la época (2).»

Segun este principio, la personalidad de Colon se reduciria á la reproduccion de las ideas generales de su época: seria solamente la encarnacion de la idea principal de su tiempo.

Esta teoria queda destruida por la observacion de los hechos y la imparcialidad de la historia, lo mismo que por la doctrina católica. La historia de la Iglesia, en cada una de sus páginas, desmiente estas seguridades y pretensiones. Es innegable que ningun hombre puede absolutamente librarse de toda influencia de las ideas dominantes en su época y en los centros donde vive. No podria asimilarse constantemente lo verdadero respirando únicamente el error, ni mostrarse siempre grande, si no estuviera en contacto más que con la pequeñez. Pero la providencia de Dios, esa fuerza invisible que dirige á los hombres no obstante sus agitaciones, obra en ciertas almas y parece modificar la naturaleza terrestre. El hombre, asistido de este modo, se hace entónces dueño de cosas á las que no parecia destinado

(1) Humboldt, *Exámen crítico de la historia de la geografia del Nuevo Continente*, tom. III, pág. 240-241.

(2) *Nueva biografía general publicada por los SS. Firmin Didot hermanos.* — Entrega 103, artículo Cristóbal Colon.

naturalmente, y de que no le habrían hecho capaz su educación, su ciencia adquirida, la sagacidad de su talento. La sola sublimidad del Evangelista san Juan, hombre sin educación y sin letras, destruye por su base el sistema de la moderna filosofía de la historia.

¿Qué se halla de la idea judía ó romana de su época en san Juan, el hijo de la luz, el que da fe del Verbo y el muy amado discípulo de Jesús? ¿Á qué época de la literatura y á qué género de escuela pertenecen sus colaboradores involuntarios, los redactores del Evangelio, obra sin tipo conocido, como sin imitación posible; sin ningún parentesco con las producciones de las lenguas antiguas y las tradiciones del sabio Oriente, accesible no obstante á todos y maravilloso para cada uno?

Digásenos en qué modelo y en qué centro fué concebido aquel género inaudito de exposición histórica, de narración ingenua que domina todas las inteligencias por el sentimiento de lo verdadero, lo ingenuo de las imágenes y el incomparable atractivo de lo divino!

La escuela racionalista, procediendo según su teoría acerca de la filosofía de la historia, no puede explicar el Evangelio. Tampoco explicará sus propagadores, los apóstoles y mártires. Parécenos que la historia de la Iglesia, que nos ofrece diez y ocho siglos de observación, experiencia, y vida activa y bienhechora, tiene el derecho de ser contada por algo en la historia general. Forma una parte indisoluble de la constitución de las naciones europeas. Pues bien, esta tradición de mil ochocientos años contiene la refutación permanente de los principios de la filosofía de la historia; porque de generación en generación, por una no interrumpida sucesión espiritual, ha producido esta Iglesia hombres asombrosos y perfectos, eternamente dignos de admiración, que han justificado esta sentencia: «Dios es admirable en sus santos.» Esos hombres perfectos, esos santos, para llamarles por su nombre glorioso, nos parecen, como la misma Iglesia, enteramente inexplicables por la filosofía de la historia.

Esta escuela está obligada á atribuir á la exaltación del alma, á la alucinación, ciertos hechos cuyos felices resultados exceden á los cálculos de la ciencia, á las meditaciones de la sabiduría del mundo. Quiriendo evitar el reconocimiento de la acción sobrenatural, la Providencia, es preciso admitir una potencia ciega y sorda. la casualidad; se han de dar de ciertos hechos explicaciones contrarias al buen sentido; se trastornan las leyes de la razón; se destruyen las reglas de lo justo, la noción de lo bello, para deferir á la ilusión, al error, ó al embuste el gobierno de la humanidad. La nueva filosofía de la historia no es sino el fanatismo aplicado á la narración de los acontecimientos del mundo.

Los escritores imbuidos en este sistema, á fin de sujetar á Colón á su teoría, aceptan con complacencia toda imputación, todo error biográfico, que tienda á rebajarle, á colocarle más cerca del nivel de los demás hombres. Le acusan de

ingratitude (1), de vanidad pueril, ignorancia, codicia, doblez, unión ilícita, entusiasmo religioso, lo que, en su concepto, es la peor de las debilidades. ¡Con todo, el inevitable poder de la verdad prevalece contra ellos mismos, hasta el punto que, no pudiendo negar la sublimidad de Colón, se ven obligados á admirar, además de su paciencia y energía, su virtud inalterable, y, con su desinterés, su perdón de las ofensas, su magnanimidad! Y de tal manera que, á pesar de su crítica, continúa Cristóbal Colón siendo aún todo un prodigio de grandeza moral.

Ninguno, empero, de esos escritores hace sentir el carácter providencial de Cristóbal Colón, ni parece reconocer tampoco su misión cristiana.

Nosotros declaramos, para no volver más á tratar de este asunto, que ese sistema de filosofía, concebido allende el Rin, cobijado por el protestantismo, introducido y aclimatado en Francia durante los primeros años de la Restauración, no puede acomodarse poco ni mucho al descubrimiento del Nuevo Mundo y á la vida de su Revelador. Es en vano que se achiquen, presen, ni aminoren los hombres, que se tergiversen y disloquen los hechos, no por esto resalta ménos evidentemente de ellos lo sobrenatural; porque es imposible atribuir ciertos acontecimientos á la sola casualidad; y tan luego como desaparece la casualidad se manifiesta la Providencia.

Con nuestra libre franqueza decimos:

Cristóbal Colón, apóstol de la cruz, mensajero del Catolicismo, resumen de la idea y del fervor militante de la Edad Media, sólo puede estar al alcance de la comprensión y aprecio de los católicos; el héroe de la fe es ininteligible para la incredulidad.

Cristóbal Colón forma una existencia aparte. Confesaremos también humildemente que nos parece bastante natural que un hombre cuyo genio sublimado por la fe se apoderó de lo desconocido, aumentó en otra mitad el espacio de la tierra,

(1) Humboldt tacha á Colón de ingratitude para con Martín Alonso Pinzón, y le acusa «de un odio mucho tiempo disimulado contra el jefe de aquella poderosa familia de Palos, á la que el Almirante estaba muy obligado.» — Humboldt, *Exámen crítico de la historia de la geografía del Nuevo Continente*, tom. II, § 2, págs. 180, 181.—En prueba de ese odio mucho tiempo disimulado (tanto tiempo que jamás se manifestó sino por la clemencia y el olvido) dice Humboldt que «el Almirante tuvo la política» de llamar Río de Gracia, al río al cual Martín Alonso Pinzón había dado su nombre, «aunque Pinzón hubiese anclado en él diez y seis días antes que él.» Humboldt olvida que Martín Alonso Pinzón había ido furtivamente á dicho sitio durante su deserción doblemente criminal, pues que había abandonado su puesto, y se había entregado al tráfico del oro contra lo prohibido por el Almirante, sin pensar en reparar la arboladura de su carabela en todos aquellos diez y seis días de anclaje. ¿Podía Colón, conservando á dicho río el nombre de *Martín Alonso* consagrar su deserción y disculpar su crimen? En ninguna marina del mundo se concedió jamás á un desertor la honra de sus descubrimientos. El Almirante llamó al río de *Martín Alonso* «Río de Gracia.» quizás, precisamente porque le hacía gracia del castigo que merecía su traición. Efectivamente, á su regreso á Castilla no hizo ninguna mención de aquel crimen. ¡Y Humboldt, en lugar de admirar aquí á Colón, todavía le acusa!

no sea absolutamente comparable en todo á los grandes personajes de la historia, en los cuales se complace en ejercitarse el espíritu de observacion y de crítica.

§ II.

Andan muy equivocados aquellos que se figuran saber la historia completa de Nuestro Señor Jesucristo, despues de haber leído los Santos Evangelios y los Hechos de los Apóstoles. Su discípulo muy amado, al acabar de contarnos la vida del divino Maestro, dice claramente que hizo otras muchas cosas, y que los libros que de ellas se escribirían llenarían el mundo. Efectivamente, la simple razon indica que los solos hechos narrados por los evangelistas no pueden comprender toda una existencia, ni siquiera la plenitud de los tres años de la predicación y de la enseñanza pública del Redentor.

De la misma manera estarían en un error los que creyeren haber visto aquí la vida entera de Cristóbal Colon. El descubridor del Nuevo Mundo hizo, dijo y escribió muchas cosas que jamas se repetirán, que no se leerán jamas, que jamas sabrán los hombres. Por inclinacion suprimía los pormenores; él mismo decía que no escribía la centésima parte de lo que le habia sucedido, y nosotros hemos tenido frecuentemente la prueba de ello al intentar reconstituir su vida.

Independientemente de estas causas, las prevenciones de sus contemporáneos, cierto empeño en los historiadores españoles y un mal entendido espíritu de patriotismo, nos han ocultado tambien á Cristóbal Colon. Aquellos que escribieron en vida de Fernando el Católico, ó de su nieto Carlos V, por temor de ofender al rey de Aragon ó á la «Cesárea Majestad,» han pasado como sobre áscuas al hablar de lo dicho y hecho por Cristóbal Colon. Llegábase hasta el extremo de negar que hubiese verificado realmente un Descubrimiento. Decíase que «el descubrimiento de la América, fácil y previsto desde mucho tiempo, no habia sido enteramente nuevo.» Damian de Goës, en su genealogía de España, no se toma siquiera la molestia de nombrar á Colon con motivo del descubrimiento del Nuevo Mundo. Juan Vasens, sabio hebraizante, versado en el derecho, que fué de Lovaina á Sevilla por invitacion del doctor Nicolás Clenard y de Fernando Colon, hablaba tambien del descubrimiento del Nuevo Mundo en su prefacio de las Crónicas Españolas, y habia olvidado ya el nombre de su inventor. Tan ajeno se consideraba á Colon de su empresa, que el proto notario apostólico Pedro Mártir, en el libro cuarto de la tercera Década Oceánica, publicada bajo los auspicios del Papa

Leon X, protestaba contra esta expoliacion y se creia obligado en conciencia á restituir á Colon la primacia de invencion (1) que se le negaba.

Ademas de los protectores de los covachuelistas de Sevilla, tenia Colon contra sí á los hidalgos apasionados, á quienes no parecia bien que un extranjero hubiese adquirido semejante gloria con dinero de Castilla, y que procuraban rebajar el mérito de los hechos para estar ménos obligados al autor de ellos. Ademas, los hombres de Estado de Aragon, aquellos que, llevados de su apego á las antiguas costumbres de España, no tenían aficion á las hazañas de Ultramar, ó las conquistas en lo desconocido (a), los que se habian opuesto sistemáticamente á sus empresas, y habian anunciado la esterilidad de las tentativas y la ruina del Tesoro (2) á consecuencia de la obstinacion en los descubrimientos, no podían perdonar á Colon el buen éxito que daba semejante *mentis* á su experiencia administrativa. Si á esa mayoría de los hombres importantes en los dos Consejos de Aragon y Castilla, se agrega la diligencia de los cortesanos de pura raza en adivinar el odio del Rey, se comprenderá la fuerza que la opinion pública oponía á la verdad. Se tendrá plena conviccion de que los historiadores contemporáneos del Almirante, sobre todo los archicronógrafos imperiales y reales, debían necesariamente estar imbuidos de prevenciones contra Colon, ó no debían verle tal como era. La pasion que encontramos, al cabo de tres siglos, animando contra la memoria de Colon al historiógrafo de la marina española, Martin Fernández de Navarrete, nos dice hasta qué punto se temió antiguamente decir la verdad. Los juicios emitidos acerca de los enemigos de Colon, la manera tímida de calificarlos, ó más cobarde todavía de justificarlos, nos demuestra tambien palpablemente la prevencion de los escritores oficiales para con el grande hombre.

¡Hé aquí de qué manera juzga el archicronógrafo imperial Oviedo al comendador Bobadilla, ese miserable que se atrevió á cargar de cadenas á Cristóbal Colon!

Los Reyes católicos «resolvieron y decretaron enviar un noble, antiguo servidor de su casa, para gobernar la isla, hombre por cierto muy honrado y religioso, cuyo nombre era Francisco de Bobadilla, caballero de la órden militar de Calatrava;

(1) «Defraudare virum et admittere scelus, mihi viderer, inexpressibile, si labores toleratos, si curas ejus perpessus, si denique discrimina quæ subivit ea navigatione, silentio preterirem.»—Petri Martyris Anglerii. *Oceanae Decadis tertiae, liber quartus.*

(a) Cuando el autor dice esto, no estará enterado de la expedicion de Catalanes y Aragoneses á Oriente contra los turcos y griegos. En una obra histórica como esta, sentimos tener que rectificar al autor en datos históricos, y, sobre todo, tan notables y sabidos como este, y que tanto honran nuestra brillante y heroica historia catalana. Como catalanes, amantes en extremo de nuestra patria, le diremos aquí al autor: *amicus Plato, sed magis amica veritas.* (NOTA DEL TRADUCTOR.)

(2) Cristóbal Colon.—*Relacion á los Reyes católicos acerca del tercer viaje del Almirante.*
TOMO II.